

# Tú, yo y el alzhéimer

## Y el ayer olvidó el mañana

El abuelo Jesús empezó a mostrar síntomas de pérdida de memoria hace algo más de dos años...

- Mnn, eeem, eeeh...
- Se dirigía hacia mí con la mirada perdida, intentando decirme algo de lo que él mismo dudaba.

Mi abuelo era maestro, de esos maestros que hechizaban con la mirada. De ojos vivarachos y palabras sencillas pero elocuentes, transmitía al mismo tiempo tranquilidad y seguridad. Siempre se mostraba firme en su manera de actuar. Me encantaba escucharlo, tenía una voz dulce y profunda, y tenía la letra más bonita que jamás he visto. ¡Más bonita que muchas pinturas!

Casi no le recuerdo parado. En todo momento tenía algo que hacer. Y, como decía riendo mi padre:  
- ¡Es como un rabo de lagartija! ¡No puede dejar de moverse!



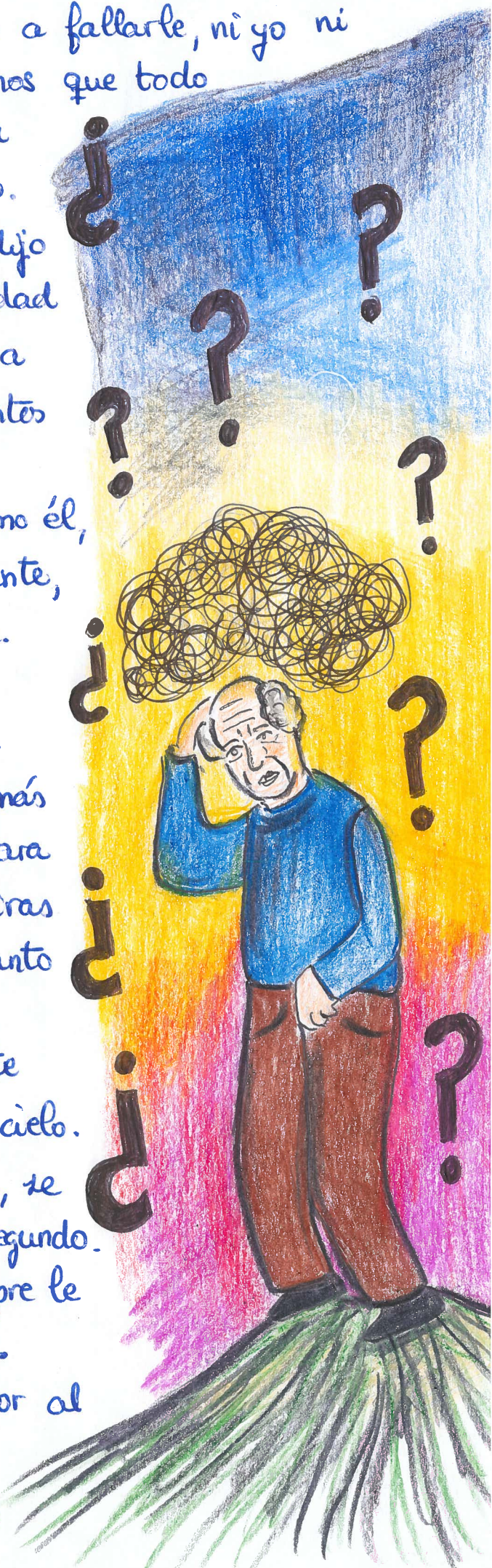


Cuando sus recuerdos empezaron a fallarle, ni yo ni nadie de la familia imaginábamos que todo iba a ir tan rápido, de manera irreversible y sin poder evitarlo. Recuerdo cuando mi padre me dijo que el abuelo tenía una enfermedad neurodegenerativa, y que le iba a costar mucho recordar cosas, momentos y personas.

Yo no podía creer que alguien como él, a quien consideraba casi un gigante, pudiera deteriorarse de esta forma.

- ¿Pero qué dices papá?

Eso es imposible. - Le dije yo. Y esa es, creo, una de las partes más duras del proceso: el prepararse para aceptar que alguien a quien admiras se vuelve quebradizo, hasta el punto de no reconocerte, y ver que ese momento llega irremediablemente por mucho que nos quejásemos al cielo. Mi abuela, la mujer de su vida, se desvivió por atenderle a cada segundo. Apenas se separaba de él. Siempre le tomaba las manos y le sonreía. No puedo ni imaginarme su dolor al ver cómo se difuminaba el hombre al que había adorado





y admirado en otro tiempo.

Al principio salía de paseo con él.

- ¡ Como de novios ! - Decía ella, mientras él miraba hacia ninguna parte.

- ¡ Eso es verdadero amor ! - Pensaba yo.

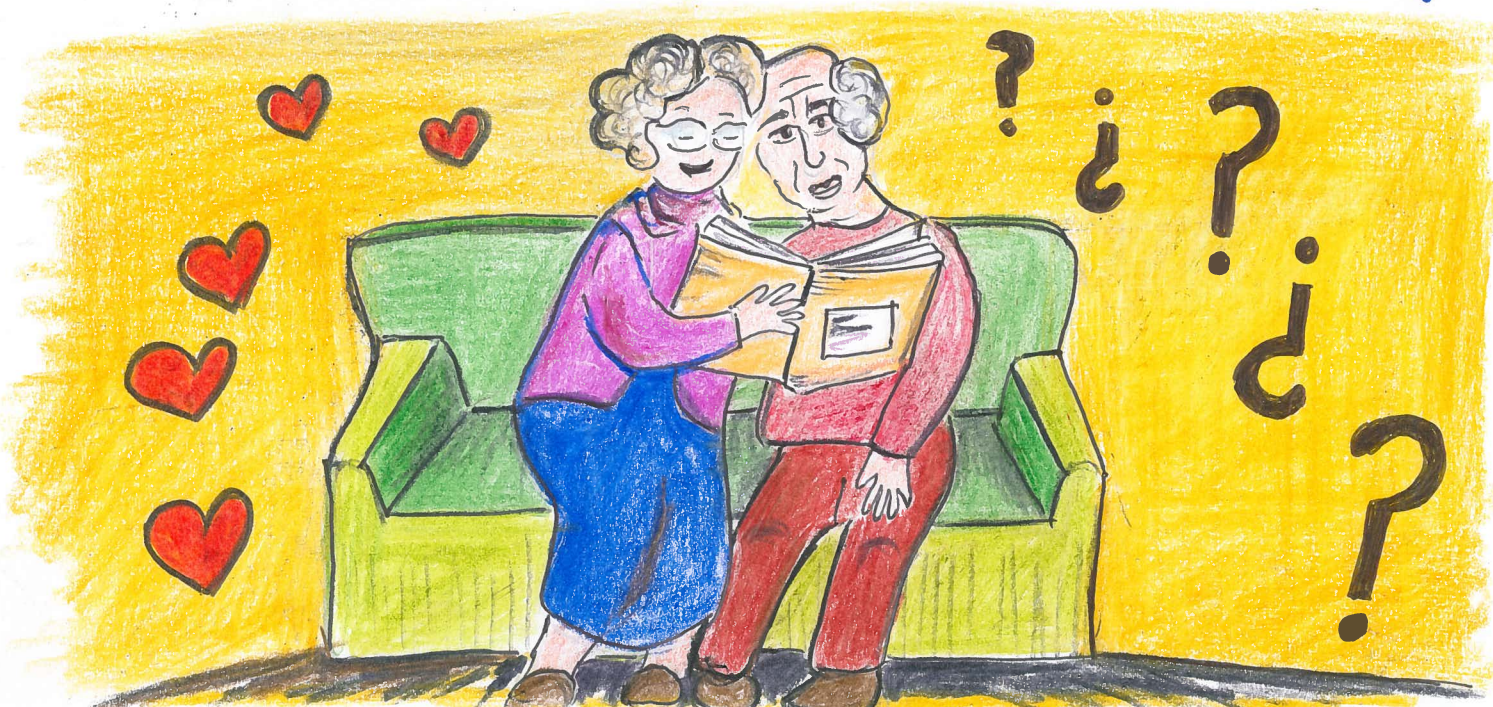
Mi padre callaba. Le veía tragar saliva al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Vivimos algunos episodios confusos y tensos, como aquel día en el que el abuelo salió sin avisar de casa y tardamos varias horas en encontrarlo, o cuando se desorientó en su propia habitación y comenzó a gritar asustado.

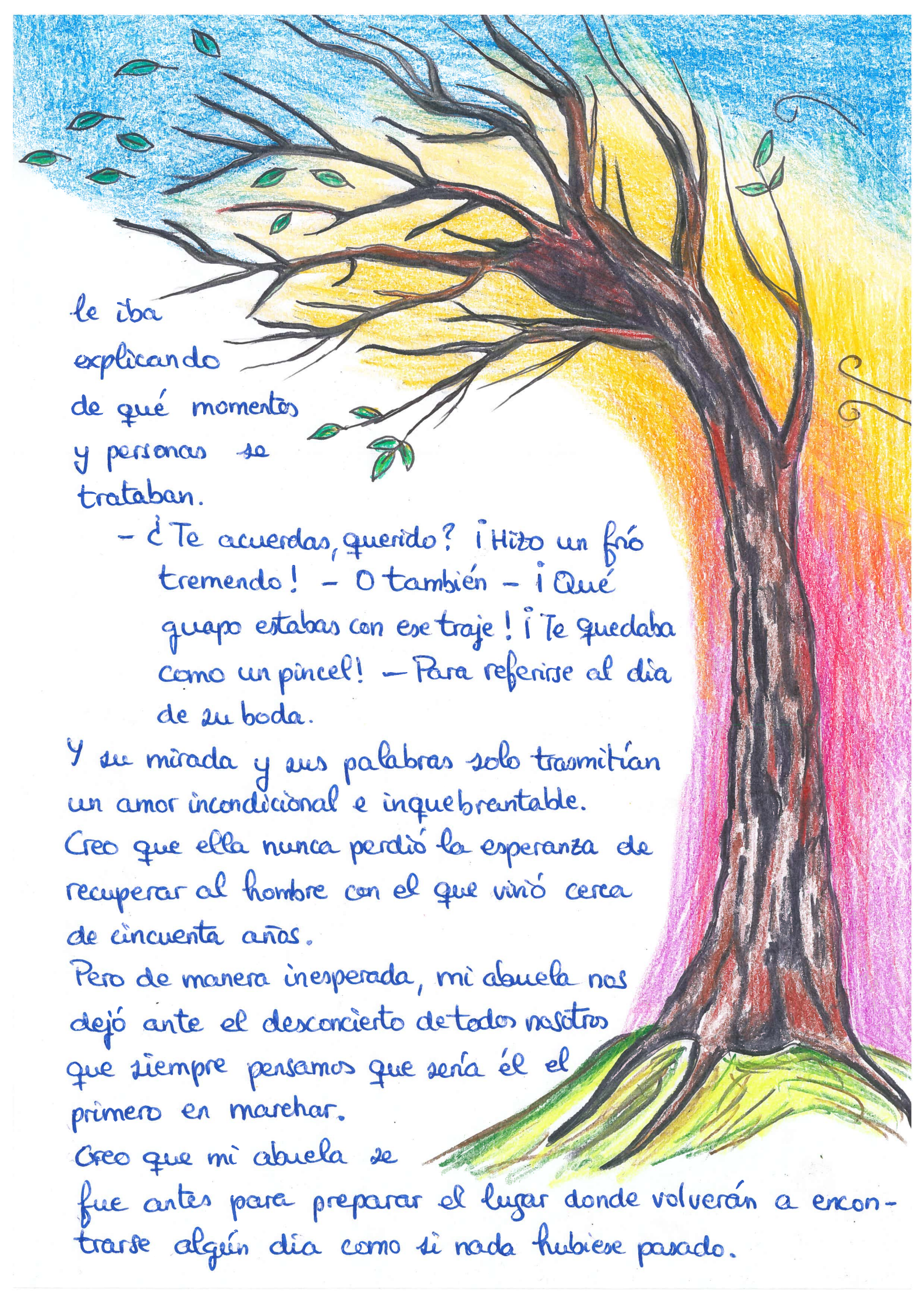
Ahora entiendo por qué mi padre se abrazaba sollozando a mi madre. O por qué la abuela le repetía los nombres de sus hijos, o de ella misma, sin obtener respuesta. Lo mismo ocurría al mencionarle fechas concretas como el día de su boda o el nacimiento de mi padre y de mis tíos.

- Jesús, ¿ recuerdas ese día ? - le decía a la espera de una respuesta que nunca llegaba.

La abuela también se sentaba a su lado, con álbumes de fotos y







le iba  
explicando  
de qué momentos  
y personas se  
trataban.

- ¿Te acuerdas, querido? ¡Hizo un frío  
tremendo! - O también - ¡Qué  
guapo estabas con ese traje! ¡Te quedaba  
como un pincel! - Para referirse al día  
de su boda.

Y su mirada y sus palabras solo transmitían  
un amor incondicional e inquebrantable.

Creo que ella nunca perdió la esperanza de  
recuperar al hombre con el que vivió cerca  
de cincuenta años.

Pero de manera inesperada, mi abuela nos  
dejó ante el desconcierto de todos nosotros  
que siempre pensamos que sería él el  
primero en marchar.

Creo que mi abuela se  
fue antes para preparar el lugar donde volverán a encon-  
trarse algún día como si nada hubiese pasado.



¿Cómo es posible que alguien como él, que tenía para mí una mente prodigiosa, ahora viviese sumido en la niebla y se desdibujase su verdadero rostro? ¿Y cómo es posible en un mundo lleno de avances y nuevas tecnologías e IA, que todavía no se haya encontrado solución al Alzheimer y a otras enfermedades? no paro de preguntármelo y de enfadarme con el mundo por no conseguir una respuesta.

Alguna vez, tuvimos la esperanza de que todo fuese a solucionarse, como cuando de manera fortuita nombraba a alguien del pasado, e incluso recuperaba por un momento el tono de voz rítmico y elocuente de otros tiempos.

Espero que pronto se logre una cura para esta dolencia que tanto hace sufrir a las familias y, estoy segura, al propio enfermo. Si pudiera identificar la enfermedad con una imagen, sería con un árbol de fuertes raíces, tronco robusto y ramas esbeltas. Ahora ese árbol estaría inclinado y sus hojas desprendidas, volarían sin rumbo fijo al capricho del viento.

Pero yo quería al abuelo cuando era fuerte y ahora le amo aún más por su fragilidad. El ayer dudó el mañana, pero el futuro es muy amplio y aquí estaremos.

-Tú nos has cuidado siempre, queriendo abuelo. Deja que lo hagamos ahora contigo. - Le digo al oído.

Le aprieto la mano y sonrío

